

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



La Sirena

Ayuntamiento de Madrid

SUSCRICION

Núm 16

Año I

NUMEROS SUELTOS

Semestre... 3 Ptas.
Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 23 Diciembre 1886

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

No se admiten felicitaciones

En forma de felicitaciones, atentatorias á la moralidad de las Musas, cae estos días sobre tres cuartas partes de la humanidad una verdadera lluvia de langosta.

Todo hombre amigo de llevar con escrupulosidad matemática las entradas y salidas de su caja, empieza desde 20 de Diciembre á temblar como perlático cada vez que suena la campanilla de la puerta de su piso. Las *décimas* se le figuran gazuas, y los *felicitantes* rateros. La frase sacramental: «¡Que Vd. las celebre *Felices!*» le causa igual efecto que si le dijeren: «¡la bolsa ó la vida!» Porque sabido es que el que no afloja unos cuantos reales al basurero que de en tarde en tarde acude á emporcarle la escalera, al repartidor de periódicos que le gruñe si al fin de mes no le paga la suscripción, al cartero que le trae la correspondencia con retraso, al portero que le murmura, al aguador que le rompe el sueño todas las mañanas, al tabernero que le vende agua de campeche por vino, al carbonero que le moja el carbón, á la criada que le sisa, á la lavandera que le estravía un pañuelo ó una camisa cada mes, al sereno que pasa las noches en un sueño, al vigilante que le hace aguardar al fresco media horita todas las madrugadas, al guardia municipal á quien no conoce ni necesita, al monaguillo de la parroquia que le pone mazas y le echa motes, al aprendiz de droguero que le quita una onza de peso en cada libra, al mozo de café que diariamente le cobra la propina, al barbero que todos los sábados le deja un chirle en el rostro, y hasta al mendigo á quien hace limosna los viernes, ya se sabe, digo, que si á esa gente no se les paga el canon por Navidad, le tienen á uno en jaque todo el año, no perdonando medios de aburrirle y perjudicarlo.

Por esto apenas una zambomba avisa con sus roncós gruñidos que estamos en vísperas de Navidad, hay que tentarse los bolsillos y poner el alma en estado de gracia por el peligro que se corre de que nos la arranquen á fuerza de desearnos prosperidades.

¡Qué V. pase buenas Pascuas! dicen todos con sonrisita de conejo al tiempo que tienden ruborosamente la mano. ¡Buen puntapie os pegaría yo, belitres, si no fuese por el mal ver! Porque lo chusco del caso es que me piden aguinaldo individuos que ya recibí yo por buena suerte igualarlos en dos ochavos; y me

lo piden cabalmente cuando el sastre y el zapatero me apremian para que les pague la cuenta, cuando no sé cómo arreglármelas para satisfacer al casero un trimestre de alquiler cuando la criada me reclama su mensualidad, y la Compañía del Gas acaba de cerrarme el contador porque le estoy adeudando tres pólizas.

En todas las naciones del mundo es usanza repartir aguinaldos. Pero la cosa se hace con más moderación que entre nosotros. Se regalan mutuamente los amigos y parientes, y con este cambio de obsequios resulta una prudente compensación. En España no sucede nada de esto. Aquí es preciso regalar á los que más nos soban y despellejan durante el año. Dígase si esto no es irritante!

Enhorabuena que á los capitalistas, á los hombres de grandes negocios que recojen el oro á espuestas, vayan todas las gentes á reclamarles aguinaldo. Este para tales sujetos en semejante caso no es sino una manera suave de restituir á la masa social algo, siquier sea infinitísimamente pequeño, de lo mucho que llevan usurpado. Al fin y al cabo, la venida del hijo de Dios al mundo, representa el comienzo de una era de justicia y reparación, de cuyo programa forma parte principal este aforismo: «Si quieres salvarte, reparte tus riquezas á los pobres, y sígueme.»

Pero pedir dinero á cambio de una felicitación á quien cuenta los reales como elefantes blancos, esto si que es el colmo del sarcasmo, y reclama los rayos del cielo. Yo de mí sé decir que por mor de las felicitaciones paso en las Pascuas de Navidad los días más crueles, pues al objeto de que no me timen las escasas pesetas que á fuerza de ahorros llego á reunir para comprar pavo, me abstengo de entrar en el café, de afeitarme, de hacerme embetunar las botas, de mandar por el carbonero, de llevar mis camisas á la planchadora, de salir á las horas en que sé que he encontrarme con el portero, y de quedarme en casa las horas en que suelen girar sus visitas los *servidores del vecindario*. A pesar de tantas precauciones no pude nunca escapar ileso de las garras de mis cariñosos felicitantes. Pero este año estoy decidido á defender mi propiedad con la mayor energía, y á que nadie me insulte en verso ni en prosa.

Al que me felicite, le descerrajo un tiro. Con que ¡mucho ojo!

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

XV

Tal como del cielo que dejan cubierto
informes nublados con negro capuz,
no filtra en el seno sombrío y desierto
ni un rayo de luz,
y mientras se mira la lumbre borrada
del sol que fecunda con su claridad,
eterna la noche parece colgada
en la inmensidad;

Mas luego los vientos benignos soplando
arrancan girones del vil pabellón
que en pos unos de otros ya rotos volando
se van en montón;

Y á trechos el cielo comienza á azularse
y el día clarea su puro arrebol,
y al cabo más que antes ya torna á mostrarse
espléndido el sol,

El sol que radiando sereno ilumina
tras tanta borrasca, tras tanto furor
las mieses taladas, los techos en ruina,
la muerte en redor:

Así los recuerdos de la vida mía
cubrió de hoscas sombras mi duelo mortal,
y dentro del alma ni aun descendía
mi eterno ideal.

Mas fueron los días pasando veloces,
cada uno una sombra llevóse al pasar,
y al fin de mi pena volvieron las voces
de nuevo á sonar.

De velos traidores privada la mente
su imperio sereno cobró la razón,
y entonces fué cuando me ví de repente
sin fé ni ilusión.

La escena del templo luctuosa y horrenda,
en mi fantasía pintada miré,
y el eco que alzara mi queja tremenda
también recordé.

Luisa ceñida de azahar y azucena;
mi pecho ceñido de abrojo cruel;
Luisa más bella que luna serena;
yo henchido de hiel

Las tardes del bosque; la cita esperada;
las dulces promesas; las horas de amor...
ausente por siempre la gloria soñada;
presente el dolor!

El negro perjurio de un ángel caído;
un hombre gozando la infame traición;
y todo-un infierno de llamas caído
en mi corazón!

Con fuerza apenas me sentí bastante
para dejar aquel odioso lecho,
salí á la calle, pálido el semblante,
loca la mente y desolado el pecho.
Sin rumbo fijo como un ebrio andaba
mirando á los transeúntes con fiera
por si alguno riyese mi torpeza
y en él cebar la rabia que me ahogaba.
Así horas y horas divagué sin tino
no encontrando con quien emplear mi saña:
de la villa salí, perdí el camino,
y la noche pasé en una cabaña.
¡Cuántos proyectos de venganza, aquella
noche rodaron por mi frente local
y, desvelado con feroz querella,
cuánta blasfemia vomitó mi bocal
Al fin lloré; lloré por vez primera
con tan sentido afán, y tal ternura,

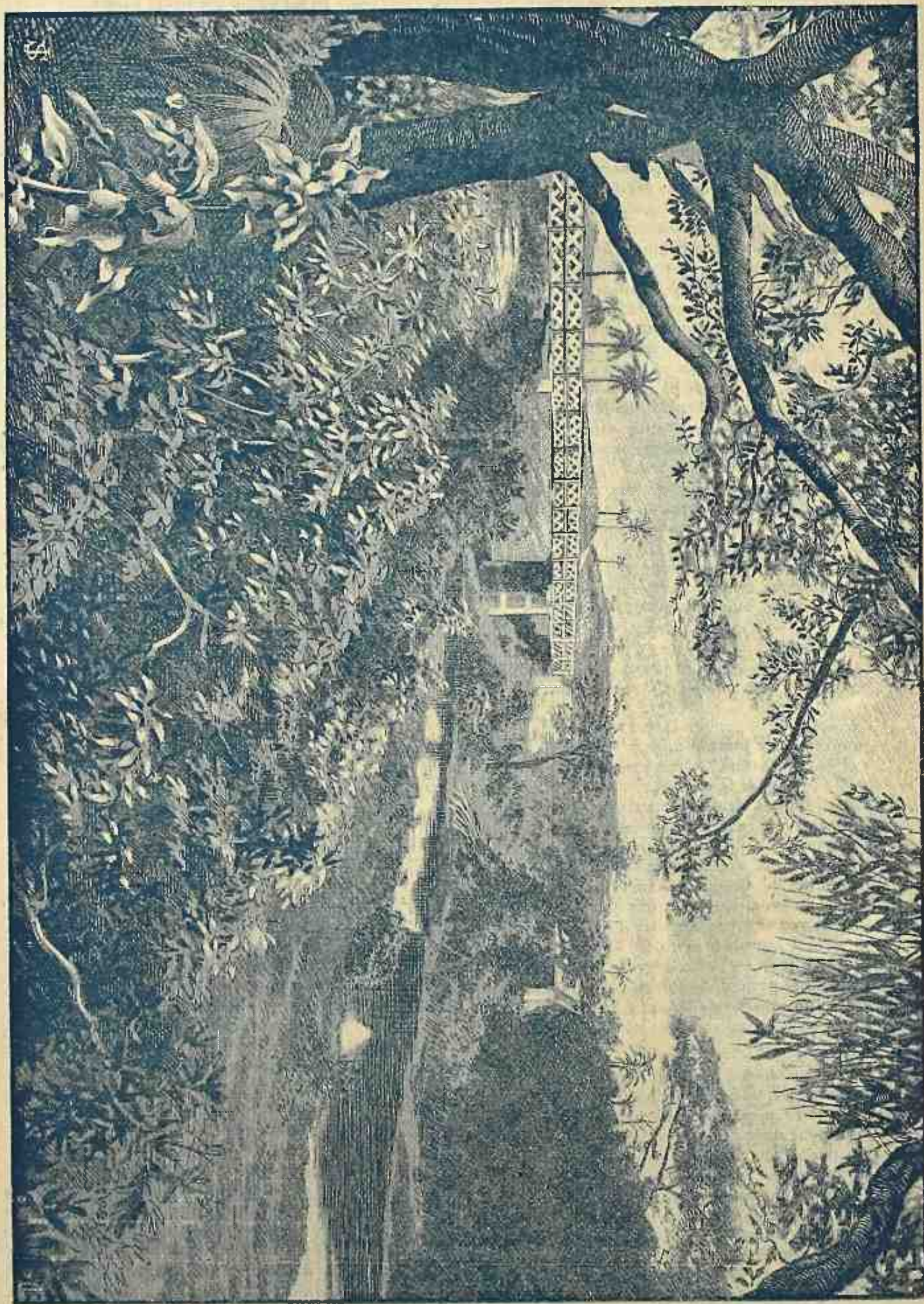
que sentí con mi llanto la postrera
sombra caer de mi exical locura.
Hermoso amaneció el siguiente día,
y aunque rendida á la allicción mi alma,
como en el hueco de una tumba fría,
reinó en mi pecho silenciosa calma.
Con hastio de vida, indiferente
á la fortuna, y á la gloria esquivo,
pensé en el cuadro en que cifré demente
la dicha que á mi anhelo fué incentivo.
Y á destruir lo que era ya un sarcasmo
de mi destino, y un testigo fiero
de mis sueños de amor y de entusiasmo,
me dirigí á la Exposición ligero.

Llegué: inmensa concurrencia
invadía aquel Museo:
quiso interceptarme el paso
engalonado portero,
la targeta invitatoria
con cortesía pidiéndome.
—¿Cómo así?—yo le pregunto.
—Es que hoy reparten los premios.
—Pues soy un expositor,
y á esa ceremonia vengo,
le dije: y sin más diálogo
resueltamente entré adentro,
quedándose allí el conserje
mirándome con recelo,
mientras que yo la escalera
iba con prisa subiendo.

¡Qué mudanza más profunda
en mis ardientes deseos
se había verificado
en corto espacio de tiempo!
Un mes antes yo esperaba
con delirio aquel momento
en que, la voz del Jurado
dictando fallo severo,
dijese á la corte toda
los artistas de más genio
que en la artística palestra
habían probado su estro;
y entonces me contrariaba
aquel instante supremo,
y hubiera para impedirlo
dado sangre de mi pecho.
Ni esperaba que pudiese
merecer el lauro bello;
sólo el afán de incautarme
del cuadro me daba empeño.
La sala estaba cuajada
de damas y caballeros,
y en los contiguos salones
había grupos dispersos
que con interés marcado
examinaban los lienzos.

Fuíme donde estaba el mío,
ante el cual hallé riendo
seis jóvenes elegantes.
Picóme aquel reir necio,
y para saber qué hablaban
me paré á su espalda quedo.
—Amigos, no cabe duda;
el parecido es portentoso!
Su mismo rostro, su talle,
sus mismos ojos, su cuello,
sus mismos torneados hombros,
su mano y sus piés pequeños.
¡Vaya, que la marquesita
ha salido buen modelo!
—Se conoce que el pintor
se tomó la cosa á pechos,
porque el tal cuadro, señores,
rebosa de sentimiento.

(Se continuará)



El río de Almendares



El coro

Los cuatro Enriques

Una noche en que caía el agua como si se desgajasen las cataratas del cielo, la vieja hechicera del bosque de San German oyó que llamaban con violentos golpes en la puerta de su misera cabaña. Abrió, y encontróse con un caballero que iba á pedirle hospitalidad. Franqueóle la entrada, y á la rojiza luz de su humosa lámpara vió que el huésped era un gallardo mancebo. Pidió éste de comer, y la bruja le sirvió un pedazo de queso y otro trozo de pan negro.

Iba á sentarse el joven á la mesa para dar despacho á su frugal comida, cuando nuevos golpes hicieron retremblar la cabaña. Acudió la vieja á la puerta, y calado de agua entró otro caballero, también joven y apuesto, que venía buscando albergue.

—¡Enrique!—dijo el reciénvenido viendo al primer huésped.

—¡Enrique!—contestó éste;—¿tú también aquí?

La hechicera adivinó por la conversación que ambos trabaron que los dos jóvenes formaban parte de la comitiva que había salido de caza acompañando al rey Carlos IX, á la cual había dispersado la tempestad.

—¡Bruja!—dijo al cabo el reciénvenido;—tengo hambre; ¿qué vas á darme que coma?

—Nada tengo ya,—contestó la vieja.

—Entonces, partiremos la comida, Enrique.

Este hizo un gesto de disgusto al notar el tono resuelto de su compañero, y temeroso de que no se quedase con todo, dijo con resignación:

—Partámosla.

Sentáronse ambos, y con sus puñales iban á cortar el uno el queso y el otro el pan, cuando por tercera vez llamaron á la puerta.

Y entró otro caballero, como los demás apuesto y joven. Al verle los dos primeros ocultaron apresuradamente bajo la mesa el pan y el queso, y le saludaron diciéndole:

—¡Bien veuido, Enrique!

—¡Hola, hola!—exclamó éste observando la acción de sus amigos.—¿Queréis que me quede sin cenar? Pues sabed que traigo un hambre de lobo.

—La cena pertenece al primero que llega; repuso el primer Enrique.

—La cena pertenece al que sabe defenderla mejor; exclamó el segundo.

—La cena pertenece al que sabe conquistarla: ruió el tercero rojo de cólera.

Apenas pronunció estas palabras, cuando el primer Enrique tiró de su puñal y los otros dos de sus espadas. Iban á embestirse, cuando por cuarta vez se oyó golpear la puerta, y luego por cuarta vez penetró un caballero joven y elegante en la cabaña.

Entrar, ver la actitud de los combatientes, desenvainar la espada y ponerse arrogantemente al lado del más débil, fué obra de un instante. Atemorizada la vieja, corrió á esconderse. En tanto los aceros chocaban rompiendo cuanto se ponía á su alcance. Se apagó la lámpara, y el combate continuó en la oscuridad. Largo rato duró el ruido de las espadas, hasta que poco á poco fué debilitándose, cesando al fin por completo.

Entonces la vieja se atrevió a salir de su escondrijo. Encendió la lámpara, y vió á los cuatro jóvenes tendidos en el suelo, y cubiertos de heridas. Los fué examinando cuidadosamente uno por uno, y les restañó la sangre. Algunos minutos después, reanimados y repuestos de la fatiga que más que las heridas contribuyó á rendirles, se levantaron, y avergonzándose de lo hecho, dijeron riendo:

—«Cenemos todos en paz y sin odio alguno.

Pero hé aquí que la comida yacía desparramada por el suelo, pisoteada y empapada de sangre. Al verla así, los cuatro jóvenes quedaron consternados. Mientras tanto la vieja sentada en un rincón de la cabaña, fijaba

tenazmente sus amarillos ojos de lechuza en el rostro de sus huéspedes.

—«¡Eh vieja! ¿qué estais mirando? exclamó el primer Enrique que se sintió incomodado por el rayo sutil que se escapaba de aquellas vidriosas pupilas.

—Miro vuestros destinos escritos en vuestras frentes, contestó solemnemente la vieja.

—Dílos; exclamó ásperamente el segundo Enrique.

—Sí; habla, habla, y sepamos: añadieron los otros dos Enriques riendo á carcajada.

La vieja se levantó é irguiendo su encorvado talle, con acento grave dijo:

—Como os habeis reunido los cuatro en esta cabaña, os unireis en un mismo destino; como habeis pisoteado y ensangrentado el pan de la hospitalidad, pisoteareis y ensangrentareis el poder que os será dado disfrutar; como habeis destruido y arruinado esta choza, destruireis y arruinareis á Francia; como os habeis herido entre las sombras, perecereis todos cuatro á traición y por muerte violenta.

Los cuatro jóvenes no pudieron resistir una formidable carcajada al escuchar la profecía de la vieja.

Estos cuatro caballeros andando el tiempo fueron los cuatro héroes de la Liga: los dos como jefes de ella; los otros dos como sus enemigos.

El uno, era Enrique de Condé, que murió en San Juan d'Angely, envenenado por su esposa.

El otro, Enrique de Guisa, que murió en Blois, asesinado por los cuarenta y cinco.

El otro, Enrique de Valois, más tarde Enrique III, que murió en Saint-Cloud, asesinado por el clérigo Jacobo Clement.

Y el otro, Enrique de Borbon, conocido en la historia con el nombre de Enrique IV, que murió en París traspassado por el puñal del jesuita Ravaillac.

La profecía de la hechicera se cumplió en todos sus términos.

EPIGRAMA

«¿Por qué no crees en Dios?» llorando un día me dijo Rosalia,
la niña en cuyo amor yo me recreo;
y al contemplar el llanto
de aquellos ojos que idolatro tanto,
le contesté besándola: ¡Ya creo!

NUESTRAS LAMINAS

LA SIRENA DEL MEDITERRÁNEO

Así puede llamarse á la garbosa andaluza que, ceñidas las floreadas sayas, terciado el crespado pañuelo de Manila, encajado el breve pié en monísimo chapín, y prendida la sedosa mata de pelo con un rojo clavel, arranca en aquellas calurosas siestas ó deleitosos noches de la vega de Murcia, ó de los jardines de Sevilla, melancólicos sonos á la morisca bandurria, y lanza al aire con lánguido y apasionado acento una de esas playeras que tienen toda la cruenta finura de una daga, todo el amargo sabor del llanto, y todas las voluptuosidades del beso.

RÍO ALMENDARES

Esta lámina es copia de una exacta fotografía sacada directamente del precioso paisaje que representa, y que es uno de los más pintorescos de la por tantos títulos hermosísima isla de Cuba.

EL CORO

El célebre pintor F. Wittig no sólo dió pruebas de ser un consumado dibujante y un hábil compositor, al trazar el cuadro cuya es la copia de esta lámina, sino que demostró poseer notables dotes de observador.

Se acercan los días del abuelo, y toda la familia se ha conjurado para darle una sorpresa. El buen anciano fué en sus verdes años un famoso «dilettanti». ¿Que mejor obsequio, pues, que dedicarle una cantata?

Así lo decidieron en consejo la hija y los nietos, después de asesorarse con la abuela. Al efecto, cada tarde, mientras el abuelito sale á tomar el sol, Emilia se encierra con sus hijos Gasparito, Pepe, Julio, Toñita y Laura, y dale que le das en el piano, ensayando el modo de concertar aquellas voces infantiles. En tanto abuela Petra brinca en sus rodillas al chiquitín de la casa, y la criada se permite de vez en cuando asomar las narices por el gusto de enterarse de los adelantos de los tiernos cantores.

Es un delicioso cuadro que hace que uno se sienta con ganas de ser abuelo.

Tip. DELCLÓS y BOSCH, Sta. Mónica, 2. Pasaje.

HISTORIA ORIENTAL

ABANDONO

La luna regaba con su fosforescente cascada de luz las altas pirámides de Menfis, y una brisa gemidora sacudía el velamen de la barca que hendía las verdes olas del Nilo, en tanto que un astroso «fellah» al lento compas del remo, cantaba esta primera estrofa:

El toro salvaje apoderóse de la garza real. Amed era el toro: Maliana la garza. Amed no era creyente, ni le agradaba mover el brazo, sino para heír á la dulce compañera. Mal «fellah».

Maliana, como el cielo de Egipto, serena y hermosa, y como el limo del Nilo, fértil, engendró tal vez al recibir el beso de una estrella, la flor del desierto, Nemerla. Porque Amed era feo y malvado, y Nemerla bella y docil, creyó fruto de crimen. Y no lo era, sino de dolor. Pero Amed se fatigó como nunca se había fatigado, azotando á la pobre Maliana, á la que arrojó moribunda al desierto, con la tierna Nemerla, que lloraba sin comprender su infortunio.

EN EL DESIERTO

Hendía la barca las verdes aguas del Nilo, y el harapiento fellah, moviendo lánguidamente los remos, cantó esta segunda estrofa:

—«Arrastrando por la candente arena pudo Maliana llegar á un oasis y salvar la vida que no por ella, sino para la hermosa Nemerla deseaba. Las carabanas que por allí pasaban tenían sed, y Maliana y Nemerla calmaban sus ansias ofreciéndoles cántaros de agua fresca y limpia que extraían de un pozo medio derruido. Y los camelleros y los comerciantes les decían: «Alah os guarde, estrellas del desierto», y les ofrecían dátiles, gomas y ricos collares de coral. Y ellas reían y se tenían por dichosas. La madre más que la hija. Porque la madre ya no tenía que temblar ante Amed, y era vieja; y la hija á veces miraba el horizonte y suspiraba, porque era joven y muy hermosa.»

LA SEDUCCIÓN

La barca seguía hendiendo las verdes aguas del Nilo, y el fellah cantó esta tercera estrofa:

—«Madre, dijo una vez Nemerla á Maliana: la vida del oasis es monótona y triste. Aquí me consumo y muero.

Y la madre contestó:—«Hija mía; no maldigas el oasis.»

Pero aquel mismo día llegó un joven mercader, y después de beber el agua fresca del pozo derruido, miró á Nemerla y sonrió. Le regaló un velo de púrpura y una gargantilla de corales, y ofreció otra de conchas á Maliana. Y les dijo: «¡Si viérais qué bien os caen esos adornos! Aquí no tenéis en qué espejaros; llegaos á las orillas del mar, que dista pocas leguas, y os podréis bañar en sus ondas, y recrearos contemplando en ellas reflejada vuestra hermosura.»

Y madre é hija siguieron el consejo del mercader, y se dirigieron al mar, en tanto que una barca bien tripulada hacia rumbo á la orilla.

EL MERCADO DE ESCLAVAS

Seguía hendiendo la barca las verdes aguas del Nilo, y el fellah cantaba la cuarta estrofa:

«La pobre Maliana era vieja y no valía su piel que se fatigasen los remeros del mercader raptor. Murió ahogada. Nemerla era hermosa como la flor del loto, y joven como la gota de rocío antes de salir el sol, y fué conducida al mercado de Tebas. Uno de los proveedores del serrallo del visir vió la casta virgen, y después de un crudo examen la compró por dos puñados de oro, que embolsó alegre el joven mercader. Nemerla, la de los ojos negros como los subterráneos de las Pirámides, y de corazón ardiente como las arenas del desierto de donde fué arrancada, fué llevada á palacio como el más rico presente que pudiera ofrecer la adulación al poderoso Abdallah.

¡Ay, pobre oasis abandonado! ¡Ay, pobre madre desolada! ¡Ay, pobre Nemerla prisionera!

EL SERRALLO

Al lento compas de los remos que sacudían las verdes aguas del Nilo, siguió cantando el fellah esta quinta estrofa:

«Dijo Abdallah al ver á Nemerla: «¡Hermosa esclava es! La perla del Africa me traes, Sulemin. ¡Será toda mía! Caigan sobre ella aromas y aguas olorosas. Vestidla de gasas, y enjoyadla con mis preciados tesoros. Así quiero verla.»

Y la bañaron y la vistieron, y Abdallah la vió, y se sintió locamente enamorado. Y paseó á Nemerla por el palacio, mostrándole sus maravillas; pero, aunque éstas eran muchas, Nemerla no estaba alegre. Lloraba. Abdallah la besaba en los ojos; pero ella continuaba llorando. De lo cual Abdallah tuvo pesadumbre, y para divertirla ordenó fiestas en que se derrochó mucho dinero, y hasta se derramó sangre.

Pero Nemerla seguía llorando.»

LA FAVORITA

Mientras la barca continuaba deslizándose suavemente por el Nilo, el «fellah» al compas de los remos, entonaba esta sexta estrofa: «Abdallah, ebrio de amor por la encantadora Nemerla, llegó á olvidar los cuidados del gobierno. Por eso el enojo del sultán se anunció como una tempestad, que adelanta sus amenazas con el mensaje del trueno, y Abdallah tembló. Y tuvo que decidirse á encerrar en su serrallo á la bella esclava, de la cual hasta entonces no se había separado. Escogió para recreo de Nemerla los más alegres sitios de sus jardines, y para garantía de sus celos los más feroces eunucos de su guardia. Cuando los negocios le daban vagar, bajaba á los jardines á dilatar sus pupilas en las luminosas de la hechicera esclava; y cuando de su lado le apartaban urgencias de Estado, á Nemerla enviaba cantores, que con suaves trovas la encantasen.

«Pero el negro eunuco, armado de yagatan y de lanza, no cesaba jamás de espiar todos los movimientos de Nemerla.»

CANCION DE AMOR

Seguía la barca levantando espuma en las aguas del Nilo, y el «fellah» remaba cantando la séptima estrofa:

—«Ráfagas del desierto, ¡quien tuviera vuestras alas! Aunque las requemen las rojas arenas, al menos sois libres, y no yo que muero de empalagosa dulzura. No es esto para mi alma. ¡Yo quiero libertad! Yo quiero amor!»

Tal fué el canto que blandamente murmurado llegó una tarde á oídos de Nemerla, cuando ayudada de su sierva la fiel Azira se disponía á bañarse en las ondas de perfumado lago. Nemerla se estremeció. El eunuco que á lo lejos vigilaba, solo notó que la favorita y su servidora volvían el rostro hacia un grupo de árboles con muestras de curiosidad. Creyó el etiope que habían oído el chillido de alguna ibis sagrada.

Nemerla había visto la ibis que cantara. No se bañó, y aquella noche no durmió.... ni lloró.»

NOSTALGIA

El «fellah» mientras la barca sesgaba la henchida corriente del Nilo, cantaba melancólicamente esta octava estrofa:

«Aquello que tantas veces había buscado Nemerla mirando los lejanos horizontes del oasis, lo acababa de encontrar en los cerrados jardines de Abdallah. Breves notas de canción apasionada, y un pedazo de alquicel signado con sangriento geroglífico, que halló en el lugar de su ordinario retiro, levantaron todas las impetuosidades de la juventud sepultadas hasta entonces en su alma esclava. Amor y libertad! repitió Nemerla. Allí en las misteriosas horas de la tarde cuando las esfinges escudriñan con sus ojos de granito la inmensa llanura, Nemerla olvidada de Abdallah y de su pompa, se recostaba al pie de gigantescas palmeras y enviaba á su perdido oasis un saludo murmurando. «Amor y libertad!»

EL MUEDZIN

Levantaba el «fellah» los remos sobre las aguas del Nilo, y levantaba al aire la voz, cantando esta novena estrofa:

«Era la hora en que el viajero ve desaparecer, entre los opacos vapores del desierto, las altas palmeras como faros que se extinguen. Era la hora en que el «muedzin» asomando en la alta torre, invoca á los creyentes á rezar la oración de la tarde, anunciándoles que el sol, lámpara de Alah, recoge sus últimos rayos.

Las sombras caían de golpe sobre la tierra de Egipto. En el palacio de Abdallah no se oía otro rumor que el de los surtidores que en anchas albercas de jaspe derramaban cristalinos chorros. El visir estaba gravemente entretenido en arduos asuntos de Estado.

Vibraba en el aire todavía el último estridente clamor del «muedzin» anunciando el término del día desde erguido minarete, cuando Nemerla, con desasosiego revestido de cautela, bajaba las gradas de pórfido que al jardín conducían.

EL RAPTO

Corría la barca por la superficie del Nilo, y el «fellah» cantaba esta décima estrofa:

«Bajo el enramado kiosko situado al extremo de los jardines de Abdallah, Nemerla y Nassim se entregan á los dulces coloquios del amor. Hermosa y tierna era Nemerla; galán y atrevido Nassim. Ambos apasionados. La suavidad de la noche silenciosa, llena de perfumes y cargada de fosforescentes resplandores, les infunde divinos arrobamientos. Impetuoso Nassim propone á Nemerla una fuga. Al pie del kiosko murmuran mansamente las olas del río, y allá á lo lejos, oculto entre los juncos de la orilla, un batel aguarda á los amantes. Nemerla tiembla, pero Nassim se levanta, imita el graznido de la cigüeña, y el batel sale á las aguas avanzando sin ruido. Ya llega. Nassim coge entre sus robustos brazos á su desmayada amante, y se desliza hasta la negra cubierta de la embarcación. Y resuena entonces un horrible grito. La barca se aleja silenciosa y ligera.»

VENGANZA

Y continuó el «fellah» su canción, entonando esta undécima estrofa:

«Abdallah era bueno, pero amaba mucho. Cuando el jefe de los eunucos le dió cuenta de que Nassim había saltado los jardines del harem para robar la bella Nemerla, Abdallah rugió como los leones del desierto. Cuando supo que el jefe de los eunucos había apunaleado los servidores de Nassim para apoderarse de la barca que éste tenía dispuesta para consumir el rapto, y supo que Nassim estaba cargado de cadenas en una de las torres de la muralla, saltó como un tigre herido y voló á la torre.

Nassim, acurrucado en el fondo de su cárcel, oyó el fuerte estrépito de una puerta que se derribaba. Alzó los ojos y vió al visir. Culebreó algo inflamado por los aires, y sintió Nassim frío en el corazón. El puñal de Abdallah ejercía venganza.—¡Piedad para Nemerla!—exclamó Nassim cayendo de rodillas.»

PERDON

Dió el «fellah» el último impulso á la barca, y cantó:

«Mucho te amé, Nemerla, porque amé en ti por vez primera. Mira este puñal; lleva sangre del infame, y en su corazón ha dejado la punta. Quisiera castigarte como mereces, pero te amo. No temas, no caerá tu cabeza, porque te amo. Pero allá en el mar espera una nave para hacer rumbo á lejanas playas. Allí irás, y contigo el despedazado cadáver de Nassim. Juntos los dos, eternamente juntos, y solos tú y él en la llanura del más inexplorado desierto.» Así dijo Abdallah á Nemerla, mientras ésta, gritaba: ¡Perdón!

¡Oh! ¡qué bella estaba Nemerla desesperada! Abdallah la miró, y no pudo resistir el deseo de besarla. La besó, y quedó perdonada. Pero no la besó nunca más. Y Nemerla murió de tristeza. Y cuando murió, lloró Abdallah por vez primera. ¡Gloria á Alah!»

Y acabó el «fellah» su canto, cuando la barca tocaba la orilla, y despuntaban los primeros vislumbres de la aurora.

